

No podríamos decir de la Iglesia de Jesucristo que es el medio de salvación completo instituido por el mismo Cristo si su obra de salvación no comprendiera la vida del hombre entera, desde la cuna hasta el sepulcro.

Y, dado que los medios principales con que cuenta la Iglesia para llevar a cabo su misión salvífica son los Sacramentos, uno debería estar destinado a entregar su obra al Creador, como cuenta con uno, el Bautismo, para acoger a los que el Señor tiene a bien encomendarle para que por su mediación encuentren el camino del peregrinar hacia el Padre durante su vida terrena.

En efecto, Cristo nos dejó la Unción: ya la hemos denominado también Unción de los enfermos cuando su cometido es conceder la gracia de la salud, y también Extrema-Unción cuando su oficio ha de ser otorgar las gracias necesarias para que el cristiano pueda emprender la última lucha por conquistar el triunfo final.

LA IGLESIA, MADRE NUESTRA.

No podemos menos que traer a la memoria ante la lectura del enunciado de este párrafo aquella encíclica hermosísima desde su título escrita por el "Papa Bueno" Juan XXIII: "Mater et Magistra", "Madre y Maestra". Se refería el Papa a la Iglesia.

Y en ninguno de sus aspectos podrá la Iglesia tener más feliz imagen de Madre que en esos dos momentos: cuando bebés en brazos nos acoge por el Bautismo, y cuando es la única capaz en los términos de nuestra vida terrena de enjugar nuestra última lágrima, sostener nuestro último suspiro con la fe puesta en Jesucristo, en quien tenemos la promesa de una feliz resurrección.

Como un eco al Sacramento de la Unción, de la Extrema Unción, que quiere decir "de la última unción", la Misa de Difuntos contiene un Prefacio digno de recordar siempre porque es un himno de esperanza:

Verdaderamente es digno y justo,
Equitativo y saludable,
Que te demos gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Santo Padre, Omnipotente y Eterno Dios,
Por Jesucristo, Señor nuestro:
En quien brilla para nosotros
La esperanza de una feliz resurrección,
Para que a los que entristece
La cierta condición de morir
A esos mismos les consuele la promesa
De la futura inmortalidad.
Pues de verdad a tus fieles, Señor,

La vida les es transformada, no destruida,
Y así, cuando esta casa terrenal se deshace,
Es sustituida por una habitación eterna en el cielo.

La habitación celestial a que alude este Prefacio es la inmortal entrada en la gloria de Dios, que con mucho supera lo que a cambio hemos dejado: la casa terrenal desintegrada que es nuestro pobre y miserable cuerpo abatido por la enfermedad, los años y el dolor.

De este modo el Cuerpo Místico de Cristo en sus miembros justificados por los méritos de Cristo su Cabeza, van reintegrando ese mismo Cuerpo, ya en forma gloriosa e inmortal, en la Tierra de Promisión hacia donde van hoy peregrinando.

El sentido comunitario del Sacramento de la Unción es muy claro en sus invocaciones durante la ceremonia de administración, ya que en sus oraciones, invocaciones y fórmula aparece la Iglesia orante toda que implora la divina misericordia, sea para que el enfermo recupere la salud, sea para que la Santísima Trinidad acogiera piadosamente a un miembro de la Iglesia terrena militante y lo introduzca en la Iglesia celestial triunfante.

Aunque en forma misteriosa, es real la presencia comunitaria de toda la Iglesia en este momento, y recordemos que decir presencia suplicante de toda la Iglesia, es decir el Cuerpo entero con Cristo su Cabeza y María Madre de la Iglesia, y todo el coro de los santos de la Iglesia triunfante, y los que esperan en el Purgatorio su ingreso al cielo: en suma, el Misterio de la Comunión de los Santos en toda su realidad.

EL MOMENTO DE LA UNCIÓN ES UN MOMENTO DE FE PROFUNDA.

El momento de la sagrada unción de un moribundo, sin lugar a duda, repite el momento de fe inmensa de la expiración de Jesucristo: El también estaba ahí, delante de los judíos y romanos, a los que no tenía presencia divina con qué convencer del momento trascendental de nuestra Redención: a los ojos de ellos era un convicto más que expiaba sus propias culpas en forma por demás dolorosa y humillante. Sólo Dimas, el Buen Ladrón, por gracia correspondida, es capaz de entrever el Misterio de todo un Dios agonizante, lo que le merece la promesa: "Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso." (Lc.23,43).

El mismo acto de fe se requiere del cristiano agonizante ante la más negativa de las circunstancias de su ser: la muerte en la que todo parece negar la inmortalidad, y sin embargo es preciso entrever el Misterio y corresponder a la gracia, igual que Dimas.



"Han entregado el cadáver de tus siervos por comida a los pájaros del cielo, la carne de tus amigos a las bestias de la tierra." (Sal 79, 2) "Mucho vale a los ojos de Yahveh la muerte de los que le aman." (Sal 116, 15). El martirio de San Ignacio lo mismo que la muerte tranquila de San Francisco y de todos sus santos complacen al Señor como actos supremos de amor y confianza en El, quien es poderoso para revivificarnos.





"El Padre me ama porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo..." (Jn 10, 17-18). *"Y si el espíritu de Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquél que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros."* (Rm 8, 11).



"En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros." (Jn 14,2-3). La promesa de Cristo sostiene al cristiano por la fe en su propia resurrección y glorificación.

Este esperanzador Prefacio que acabamos de considerar encuentra su origen apostólico en San Pablo (2 Cor. 5,1-5): "Porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra habitación terrestre, se desmorona, tenemos una casa que es de Dios: una habitación eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos. Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste, si es que nos encontramos vestidos, y no desnudos. ¡Sí!, los que estamos en esta tienda gemimos oprimidos. No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Y el que nos ha destinado a eso es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu." ("Arras" , como en el matrimonio = garantía)

En seguida el Apóstol se dedica a infundir ánimo a los que la idea de la muerte angustia: "Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión... Estamos, pues, llenos de buen ánimo y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor. Por eso, bien en nuestro cuerpo, bien fuera de él, nos afanamos por agradarle." (2 Cor.5,6-9)

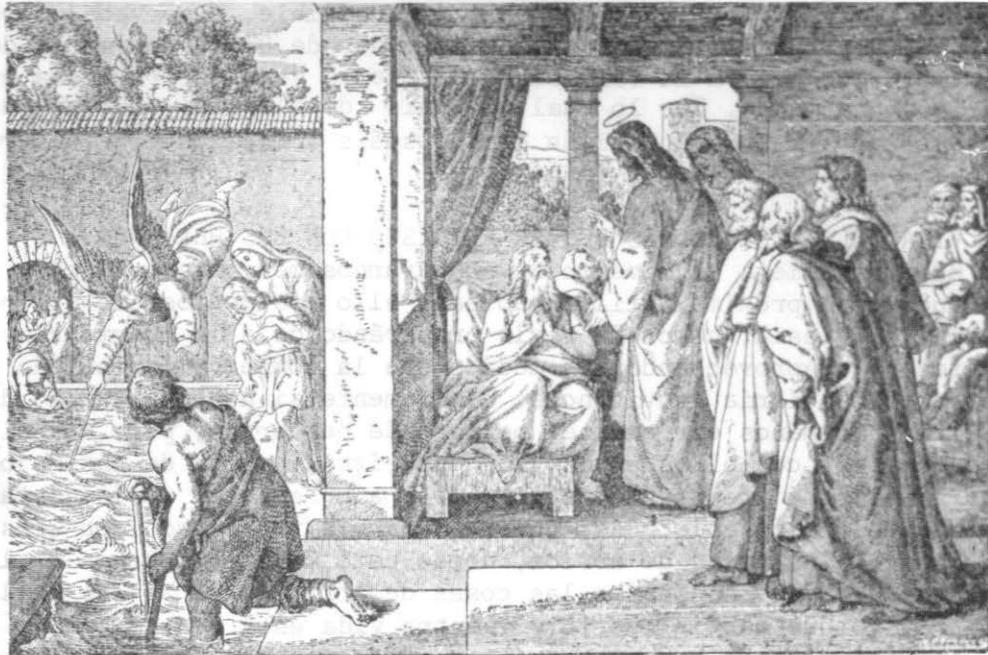
LA JERARQUIA AL SERVICIO DE ENFERMOS Y MORIBUNDOS.

El apóstol Santiago en su carta (5,13-15) nos instruye acerca del cuidado que deben tener los ministros de la Iglesia de aquellos que sufren, enferman y llegan al peligro de muerte, y al mismo tiempo amonesta a los miembros de la Iglesia para que no menosprecien este servicio, sino que se valgan de él provechosamente para bien espiritual y corporal suyo: "¿Sufre alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llámelo a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados."

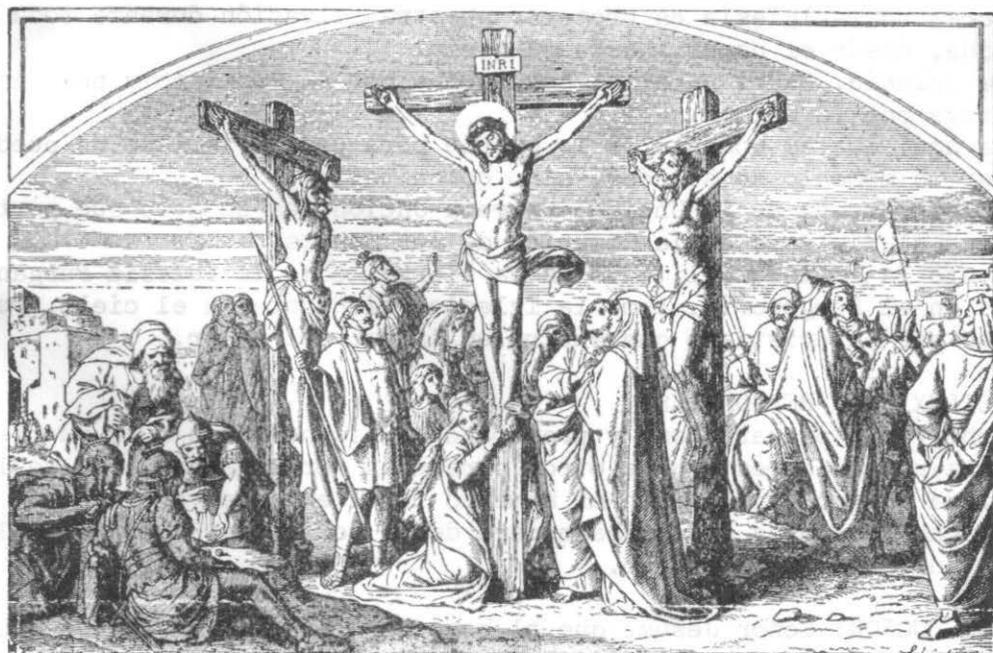
Como vemos, Santiago es explícito acerca del sentido de comunidad eclesial que ha de encerrar la atención a los enfermos y a los moribundos. De aquí que el Pueblo de Dios en cada uno de sus miembros debe vivir este sentido de comunidad que nos debe acompañar hasta el último momento de nuestra existencia.

EL SENTIDO COMUNITARIO DE LA MUERTE Y LA RESURRECCION.

El apóstol San Pedro tiene en su primera carta (3-6) tiene para los miembros de la Iglesia palabras de ardiente esperanza que hemos de vivir en forma intensamente comunitaria: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una he-



"Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua..." (Jn 5,7). En la soledad interior será ya Jesús el único recurso.



"Y decía (Dimas): 'Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino.'" (Lc 23,42). El buen ladrón correspondió a la gracia, y obtuvo la conversión.

rencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada para vosotros en los cielos, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento. Por lo cual rebosáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas."

LA VIDA DEL CRISTIANO ES BUSCAR A CRISTO CON LOS HERMANOS.

Mientras llega el momento de prepararnos mediante la Unción a la muerte ya próxima, utilizando para ello los medios que nos otorga la Iglesia, hemos de vivir preparándonos a la muerte remota todavía, aprovechando los medios que la comunidad cristiana otorga en la diaria convivencia. Ciertamente si nos apartamos de nuestros hermanos corremos el peligro de perdernos, pero ese día convivir con ellos en la vida espiritual es una de las mejores maneras de prepararnos a la muerte aún remota, viviendo tal como señala San Pablo: "Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El." (Col.3,1-4).

RESUMIENDO:

Tarea de la Iglesia es proteger nuestra salvación durante toda la vida, desde el nacer, hasta el morir.

La Iglesia, Madre nuestra, nos recibe por el Bautismo y nos entrega por la Unción.

De aquí que el momento de la muerte para cada cristiano no puede ser un momento de soledad, sino comunitario.

El Sacramento de la Unción, Extrema-Unción, es un acto que pertenece al Misterio de la Comunión de los Santos.

Tanto la Iglesia militante en la tierra, como la Iglesia Purgante en el Purgatorio, como la Iglesia Triunfante en el cielo, ruegan por el cristiano que expira en la paz del Señor.

REFLEXIONES PERSONALES:

Debo vivir preparándome y preparando a mis hermanos a la muerte. La ayuda que preste yo a otros para bien morir garantía es de la ayuda que yo recibiré en mi momento final en esta vida.

Buscar las cosas de arriba quiere decir no desviarse nunca en la búsqueda de las de abajo.

RESOLUCION: Señor Jesús, que al escuchar la petición del Buen La drón me diste la seguridad de ser yo también escuchado, ayúdame desde ahora a vivir en actitud de la espera de tu Reino.